

EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

FERNAN CABALLERO

(TOMADO DE UNA CORRESPONDENCIA DIRIGIDA AL ORDEN)

Es llegado el momento de cumplir á Vds. mi promesa de hablarles con alguna detencion del mas popular de nuestros novelistas contemporáneos, que es el que se oculta bajo el seudónimo de *Fernan Caballero*. No es ya un secreto para nadie que este célebre escritor, este gran novelista, este admirable maestro del pueblo es una Señora, honra de su sexo y envidia del nuestro. D^a. Cecilia B. de A. (no me creo autorizado á dar mas señas de una persona á quien he debido, el primero, una confianza que todavia comparto con muy pocos amigos intimos suyos)—empezó á darse á conocer en 1849 publicando en el periódico *el Heraldo* la preciosa novela titulada *La Gaviota*. Decir á Vds. la impresion que produjo esta obra, desde los primeros folletines, en todos los aficionados algo inteligentes, sería imposible: aquel estilo encantador, aquella sensibilidad esquisita, aquel don singular de conmover y sobre todo *de interesar*, que es cabalmente lo que falta á nuestros novelistas y lo que constituye el gran mérito de los franceses, ni tenían precedentes en nuestra literatura contemporánea, ni podían menos por consiguiente de excitar la pública curiosidad hasta el mas alto punto. Así sucedió en efecto. Yo consigné aquella impresion general en dos extensos artículos que dediqué en el periódico *la Espeña* á la nueva y desconocida escritora [*desconocida* no para mí, pues ya entonces estaba en el secreto;] esos dos artículos figuran al frente de la edicion de las obras completas de Fernan Caballero que está dando á luz el editor Mellado. En estos términos procuraba yo pintar, hablando de lo que me habia pasado despues de leer *la Gaviota*, lo que sin duda habia pasado tambien á la mayor parte de sus lectores:—“¿Quien será, nos preguntábamos con curiosidad viva desde sus primeros capítulos, quien será el *Fernan Caballero* que firma como autor esa preciosa novela, *la Gaviota*, que ha publicado recientemente *el Heraldo*?—Bien conocíamos que ese era un nombre supuesto, bien co-

nociamos tambien que ese libro, en el que desde las primeras líneas respirábamos con delicia como un perfume de virginidad literaria, era producto de una inspiracion espontanea y pura, y que nada tenia que ver con todas esas marchitas producciones que la especulacion lanza diariamente al público paciente, frutos apaleados, verdes y podridos al mismo tiempo. Pero por otra parte se nos hacia duro creer que el verdadero nombre encubierto bajo aquel seudónimo notorio, fuese enteramente desconocido en la diminuta república,—verdadera república de San Marino,—que forman nuestros literatos verdaderamente tales; y así íbamos pasando revista á todos los que la fama pregonaba con sus cien trompas, para entresacar de sus gloriosas filas el que mejor se adaptase á los dotes de la nueva produccion. Ninguno nos satisfacía: revolviendo antecedentes, ningunos hallábamos que se ajustasen á aquel marco tan elegante y correcto; ningunos que justificasen aquel interes tan hábil y naturalmente sostenido, aquellos caracteres tan nuevos y tan verdaderos, aquellas descripciones tan delicadas, tan lozanas y tan fragantes, permitasenos la expresion, que ora recuerdan el nítido pincel de la escuela alemana, ora la caliente y viva entonacion de la escuela andaluza. Véase allí el dibujo de Alberto Durero realzado con el colorido de Murillo.”

Releyendo hoy al cabo de siete años de publicado este juicio de la obra y del autor, tan desapasionadamente como si fuera de otro, declaro con toda ingenuidad que lo creo exactísimo. Yo, señores, he meditado mucho sobre la índole y condiciones de la novela en general; he querido darme cuenta razonada á mi mismo de las causas porque unas agradan, aun siendo notoriamente malas, y porque otras se caen de las manos, apesar de que son ó parecen buenas, es decir, apesar de que se ajustan á las reglas establecidas para este género de literatura, y de que no se les descubre fácilmente, ni aun por los críticos mas experimen-

tados, el lado por donde flaquean: he procurado sobre todo desentrañar la razón del deite incomparable que las novelas completamente buenas producen en todos los hombres, de todas las edades del mundo, en preferencia á cualesquiera otras producciones del entendimiento. Yo creo que esto consiste en que la *novela*, tan injustamente desautorizada por los retóricos rutineros, es sin embargo la forma literaria buena por excelencia, la que abarca y comprende á todas, como que todas las demás no son en cierta manera mas que variedades ó derivaciones de ella. ¿Qué es el *poema*? una novela en verso. ¿Qué es el *drama*? una novela en diálogo. La *historia* misma, si ha de salir de los estrechos límites de una crónica descarnada y soporífera, necesita pedir á la novela el arte de interesar, la amenidad y gala de sus descripciones, en una palabra, la mayor parte de sus formas á fin de vestir con ellas la verdad, ya absoluta, que es la de los hechos, ya filosófica ó relativa, que es la de los caracteres, la de los discursos, la de las hipótesis. Base y condición primera de toda novela es el interés: la verdad por sí sola puede instruir, pero no basta á interesar: el arte, por medio del cual lo consigue, constituye la esencia de la novela. No es pues la verdad ó la ficción de los hechos que relata lo que dá á una obra el carácter novelesco: este es la consecuencia natural de una cierta manera de presentarlos que es lo que se llama el arte ó si se quiere el genio del novelista. El que carezca de ese genio, no escribirá buenas *historias*, aunque relate con precisa exactitud cosas muy verdaderas, ni buenas *novelas*, aunque invente ficciones muy peregrinas. Ahora bien, ningún escritor español, desde Cervantes acá, ha poseído ese género ó ese arte en tan alto grado como Fernán Caballero: y como á él une todos los dones que hacen un escritor consumado, y muy especialmente aquellas cualidades de sensibilidad y rectitud naturales que constituyen lo que pudiéramos llamar el *talento del corazón*, resulta de aquí que sus *novelas*, no obstante lo modesto de este título, son en realidad obras de una importancia tal en nuestra literatura contemporánea que por mi parte no titubeo en ponerlas muy en primera línea, ni tendría reparo en sostener que corren parejas con lo mejor que hoy admiramos en las literaturas extranjeras. Ya se las considere como historias verdaderas (algunas de ellas lo son evidentemente, pero sacadas de la vida privada,) ya como poemas en prosa, ya como enseñanza de pura moral y alta filosofía, ya en fin como gallardas ficciones de una imaginación poética, siempre encontraremos en ellas excelentes modelos, cuyo estudio será tan agradable como útil para cuantos se dediquen á la difícil carrera de las letras.

Este mérito de Fernán Caballero es tanto mas notable cuanto sabido es que los españoles, hoy como en todos tiempos, hemos sido poco aptos para descollar

en la novela: poseemos el primer novelista del mundo que es Cervantes y fuera de él no tenemos mas que medianías. Tesis es esta que he sostenido repetidas veces bajo mi firma en libros y periódicos con grande escándalo de los fanáticos apasionados de nuestra antigua literatura, para quienes todo libro viejo es un gran libro: yo que no me pago de forros de pergamino ni de locuciones añejas, sostengo que todas nuestras decantadas novelas de los siglos 16 y 17 valen poquísimas, por mas que haya en ellas algunas cosas buenas, y digo que valen muy poco porque les falta la primera condición que se requiere para valer mucho, que es interesar, ó lo que es lo mismo, dejarse leer con placer. Si he de decir lo que pienso, de este mismo pecado adolecen las modernas, y entre otras razones que se me ocurren para explicar este hecho evidéntisimo, hay una que si no me engaño es la principal y que muchas veces he dado en anteriores escritos: la creo decisiva, pero para poder aceptarla es preciso participar de las ideas que dejo apuntadas sobre la importancia capital que tiene la novela en el gran conjunto de las composiciones literarias. Aquí necesito apelar á todos los que mas ó menos se han ejercitado en ella como estudio serio, no como mero pasatiempo. La novela, en efecto, ese género que pasa por tan frívolo, tan fácil, tan sin consecuencia, es de una dificultad suma y requiere, para descollar en él, hoy que se ve elevado á tanta altura en las producciones de los mas claros ingenios de Europa, una aplicación estrechada á mas de un talento de primer orden. Entre nosotros el talento no escasea, pero la aplicación, el estudio, la perseverancia son dotes raras. Nos gusta conseguir grandes resultados con poco esfuerzo y, cuando esto es posible, los conseguimos; por eso se escriben entre nosotros buenos dramas y no buenas novelas. Salvas algunas escepciones muy contadas, nuestras novelas modernas, aun las que tienen un verdadero valor literario, carecen de todo interés novelesco, y no tienen en realidad de *novelas* mas que el nombre. Su habitual insulsez es tanta que el público escamado con solo ver el adjetivo *original* al frente de una de ellas, la mira con desconfianza ó la rechaza con desden, al mismo tiempo que se abalanza con una especie de sed hidrópica sobre las mas desatinadas traducciones de los novelistas extranjeros. Estos surten casi exclusivamente nuestras librerías y nuestros folletines: sus obras, vertidas á un castellano generalmente bárbaro, forman el ramo mas importante de nuestro moribundo comercio de librería.

Parece á primera vista que esa predilección del público á las novelas extranjeras es una manía inspirada por la moda, que tantas extravagancias inspira, un capricho irracional como tantos otros de que solemos ser necios esclavos por tener el gusto de parecer hoy ingleses y mañana franceses; pero no es así: hay una

razon decisiva para que las novelas extranjeras, en especial las francesas, alcancen gran valimiento y las nuestras no; esa razon es que interesan mucho: las nuestras por lo general interesan poco ó nada. ¿Por qué? he aquí en pocas palabras una de las principales causas de este hecho: nuestros escritores no aciertan á interesar con sus novelas, porque ninguno ha escrito bastante para llegar á posesionarse, digámoslo así, de todos los recursos del arte: sus producciones no son mas que ensayos, y rara vez los ensayos son perfectos ni aun buenos. Han escrito una ó dos, les han salido mal, ellos mismos lo han conocido si han tenido algun talento [los tontos, aunque escriban bien, no escribirán ninguna buena] y se han descorazonado; natural es, pues, que nunca hayan pasado de principiantes. El mismo Balzac, el primer novelista contemporaneo y uno de los mas grandes escritores, con que se honra la Francia moderna, tuvo que hacer un larguísimo aprendizaje del arte bajo el oscuro pseudónimo de Horacio de Saint-Aubin antes de llegar á las letras su inmortal *comedia humana*, cuya significacion no creo oscurecer demasiado diciendo que es á un mismo tiempo la *Iliada* y la *Odisea* del siglo XIX.

Las novelas que hasta el día lleva publicadas Fernan Caballero son, por este orden: la *Gaviota*, *Elia*, *De una en otra*, *La familia de Alvareda*, *Clemencia*, *Lágrimas*, y *Un verano en Bornos*. A ellas hay que añadir un gran número de cuentos y leyendas cortas que forman casi la mataria de otros tantos volúmenes como aquellas. Analizarlas todas seria empresa muy larga y harto cansada para una carta; tampoco ha sido ese mi objeto al hablar á Vds. de este autor, que supongo les será muy conocido por sus obras, sino llamar la atención de los lectores del *Orden* sobre el carácter de estas, y sobre todo recomendárselas, si en algo estiman mi humilde voto, como libros excelentes por su moral, su lenguaje, su levantado estilo y el grande interés que los distingue de los demas de su género en España. Voy á concluir esta revista trascribiendo aquí un documento curioso para la historia literaria de nuestros dias y que hasta ahora no se ha publicado. Debo su posesion á una confianza de que me honro por muchos conceptos: este documento es la carta que S. M. el Rey acaba de dirigir á la ilustre escritora de quien voy hablando, residente hace poco en San Lúcar de Barrameda y segun fama acreditada por las indiscreciones de algunos periódicos, en una posición de fortuna muy modesta. No es indiferente este dato para apreciar todo el valor de la mencionada carta, la cual dice así:

«A Fernan Caballero.

«Hace tiempo que están llamando mi atención las novelas que llevas publicadas, cuadros fieles de nuestro carácter y de nuestras costumbres nacionales, vi-

vificados en cierta manera por el calor de tus hermosos sentimientos religiosos y monárquicos. Yo te felicito cordialmente por la merecida fama que te han grangeado, y abrigo la persuación de que tu nombre contribuirá algun día á aumentar el lustre que otros claros ingenios han derramado y seguirán derramando sin duda sobre el reinado de mi amada esposa, verdaderamente feliz para las letras. Creo que te está reservado este honor, no solo por el reconocido mérito literario de tus producciones, sino muy especialmente por la pura moral que brilla en todas ellas, y las hace dignas á mi juicio, de ser contadas en el número harto escaso de las que, á mas de servir de honesto solaz á la edad madura, pueden ponerse sin peligro y aun con provecho en manos de los jóvenes y de los niños.

«Por esta razon y queriendo darte un testimonio de la alta estima que hago de tu privilegiado talento no menos que de tus prendas personales, te dirijo esta carta con dos objetos: 1.º para manifestarte que nos seria de suma satisfacción á la Reina y á mí que nos hicieses el obsequio de escribir una obrita espresamente destinada á la instruccion y recreo de nuestra querida hija la princesa de Asturias, en cuya precoz inteligencia confio que harán una saludable impresion tus sanas doctrinas y cuyo buen gusto contribuirás á formar con tu elegante y castizo lenguaje;—2.º para decirte que, así la Reina como yo, tendremos una especial complacencia en que vayas á ocupar una de las habitaciones vacantes, y que sea de tu gusto, en el Alcázar de Sevilla, á cuyo fin van á espedirse las órdenes necesarias.

«Recibe la seguridad del sincero aprecio que te profesa—

«Francisco de Asis.

«Palacio de Madrid, 15 de diciembre de 1856.»

Ya ven vdes. que tambien en España se protege el mérito literario, y que la respetable opinion de S. M. el Rey con respecto al que en tan alto grado distingue á Fernan Caballero está muy conforme con la de este su afectísimo corresponsal

Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

LOS HERMANOS CABOT.

La indignacion general no tiene limites ante el horrible suceso de aquellas desgraciadas criaturas, victimas, antes que de la epidemia, del egoismo y del despego paterno.

El juéves, mientras salía á luz el número de nuestro periódico en que dabamos cuenta del primer acto de esa tragedia horrorosa, el desenlace tenía lugar en el Hospital de Caridad. Hé aquí como lo registra *L.*

Regeneración del mismo día en breves pero elocuentes palabras :

«Hoy, á las nueve y media de la mañana, murieron en el Hospital de Caridad, de la fiebre amarilla, y con 17 minutos de diferencia, los dos hermanos hermosos y ricos :

«Don Federico Cabot,

«Doña Rosa Cabot.

«El primero tenía 20 años;

«La segunda 17.

«Murieron en las salas comunes de los pobres, tirados allí por su padre que no quería infeccionar su casa.

«Ese hombre debe huir de Montevideo, porque el pueblo lo apedrearía si se quedase.

«La Sociedad Filantrópica ha hecho todas las diligencias y gastos del entierro, que tuvo lugar á la una.

«Se compró un nicho donde se colocarán á los hermanos, con una piedra mármol, en la que se indicará su desgracia.

«El Señor D. Juan J. Arteaga, al salir los féretros del Hospital, depositó sobre ellos dos coronas, y pronunció estas palabras :

«A nombre de la Sociedad Filantrópica, deposito estas dos coronas sobre los atahúdes de esos dos jóvenes, víctimas del egoísmo.»

Si es necesario, que ese hombre huya de Montevideo; la pública indignación lo señala con el dedo: el anatema del réprobo está estampado en su frente.

¿Pero adonde irá que su conciencia no lo acose?

¿Adonde irá que el castigo no lo siga?.....

UN PADRE SIN CORAZON

Marche! et qu'en te voyant on dise: «C'est un lâche!»
Marche! et que le remords soit ton seul compagnon!

VICTOR HUGO.

¿Eran dos criaturas!—Una de ellas
Contaba apenas diez y siete años,
Y descollaba bella entre las bellas
Cual descuella la rosa en los pensiles.

¿Un tipo de hermosura!...Su cabeza
La Venus rafaélica envidiara....
Jamás lució tan célica belleza
Cuerpo humano ni mármol de Carrara.

Como el ébano negro, su cabello,
En perfumada profusión de rizos,
Bajaba jugueteo hasta su cuello
A acariciar sus púberes hechizos.

Magnética atracción, mágico influjo
Había en el brillo de sus grandes ojos....

Nada igualaba en nitidez y lujo
Al rico aljófaro de sus labios rojos.

La primera sonrisa de la aurora
Cuando lucha entre sombras indecisa.
No fuera tan hermosa y seductora,
No igualara el candor de su sonrisa.

Y el imán de la gracia la cercaba
Como cerca á las flores el perfume,
Haciendo nuestra voluntad esclava
De ese yugo que pesa sin que abruma.

Una noche la vi—¡solo una noche!—
Dirigiendo su faz al firmamento,
Mientras la luna en majestuoso coche
Cruzaba su estrellado pavimento.

Ensueños...¡ay!...quimeras de ventura
Encantaban tal vez su fantasía,
Y reflejaban en su frente pura
Poética y fugaz melancolía.....

Oh! cuánta vida en sus facciones bellas!...
Cuánta esperanza sus hermosos ojos
Parecían contar en las estrellas,
Entre suspiros de placer ó enojos!

¿Eran dos criaturas, dos hermanos!...
Cuatro lustros apenas, el segundo,
En la existencia transcurra, ufanos:
Recien el hombre despertaba al mundo.

¿Y el mortífero brazo de la peste,
Con impetu y encono temerario,
Vino á trocar su engalanada veste
Por el negro, fatídico sudario!

Y ambos hermanos del contagio heridos
En brazos de sus deudos se arrojaron....
Y á sus ayes y miseros gemidos,
Sus deudos inhumanos se alejaron!....

¿Y hasta el autor infame de sus días
Abre tan solo al pánico su pecho,
Y con manos sacrílegas, impías,
Espulsa á los dolientes de su techo!...!

¿Y mientras nada el padre en la opulencia
Y de egoísmo sórdido en el vicio,
A mendigar la pública clemencia
Son los hijos llevados á un hospicio!!!

Y allí la dulce caridad cristiana
Los acoge solícita, amorosa. . .
Mas, ay, en vano! que la parca insana
Les cava ya la funeraria fosa! . . .

..

El tigre en su guarida, la hiena en su caverna,
El lobo carnívoro y el bárbaro chacal,
La ley obedeciendo universal, suprema,
Responden á las voces de instinto paternal.

¡Y tú, padre menguado, baldón de nuestra raza,
Ensordeciste al grito de tu paternidad! . . .
Pudiste á tu conciencia poner una mordaza
Y rechazar tus hijos con bárbara crueldad!

Avaro, solo oíste la voz de tu avaricia;
Cobarde, solo oíste la voz de tu terror:
No solo les negaste tu techo, con sevicia,
Sino hasta los socorros de mínimo valor!

Lanzástelos, cual perros pestíferos se lanzan,
Sin una sola lágrima de conmiseración! . . .
Y ni sus tiernos años á conmover alcanzan
Las fibras de tu seco, podrido corazón!

No fué, no, la epidemia la causa de su muerte,
Lo que rasgaba en trizas su pecho juvenil:
Fué el golpe mas terrible, inesperado y fuerte
De tu conducta infame, de tu desprecio vil!

Fué el pensamiento amargo que su cerebro hendía
Al verse rechazados del techo paternal,
Rodeado por extraños su lecho de agonía,
Cual huérfanos cuitados, en medio á un hospital!

¡Y vives, miserable! y tu impiedad extrema
Con funerales quieres enmascarar quizá! . . .
Y vives, y no temes el público anatema
Que envuelve ya tu nombre, que te fulmina ya!

Si, vive, miserable! La vida es el preludio
Del ejemplar castigo que pesa sobre tí:
La expiación tremenda del bárbaro repudio
Que hicieras de tus hijos agonizantes. . . si!

Preciso es que tú vivas, chacal, para escarmiento
De tu nefando crimen, de tu crueldad sin par;
Para apurar las heces de atroz remordimiento
Que aguardate en la vida por único manjar.

Si, vive! Donde quiera que asomes la cabeza
Te abrumará el reproche de santa indignación!
Si, vive! que en la vida la expiación empieza
Del réprobo, en los brazos del público baldón! . .

Si, vive, miserable! La sombra de tu crimen
Con pavorosas ansias te acosará doquier! . .

Si, vive! que á ese pago tremendo no te eximen
Tus arcas llenas de oro, judío mereader! . .

Que en pos de haber sufrido vejámenes doquiera
Y el horrible tormento de una agonía atroz,
¡Oh padre sin entrañas! terrible te espera
El juicio expiatorio del tribunal de Dios!

HERACLIO C. FAJARDO.

Montevideo, 17 de Abril de 1857.

DE TODO UN POCO.

A mi modo de ver, dice Alejandro Guérin, la pesca
con caña es la imagen mas verdadera, mas fiel, mas
idéntica de la vida .

Si, la vida es una eterna pesca con caña.

Chicos y grandes, débiles y fuertes, ricos y pobres,
desconocidos y célebres, todos los hombres en fin
pescan con caña.

La pesca con caña es la esperanza y la decepción;
es el placer y la pena; es la perseverancia sin resulta-
do, ó el resultado sin perseverancia; es la buena ó la
mala suerte; á menudo es la casualidad.

Cualquiera cosa que hagamos, pescamos con caña.

El que siembra en todas partes miradas y esquelas
amorosas, pesca con caña en el torrente del Placer.

El que derrama todas las lágrimas de su corazón
en un corazón gastado, y deshoja todas las flores de su
alma sobre un alma empedernida, pesca con caña en el
océano del Amor.

El que anda saltando entre pobres jóvenes bellas,
haciendo sonar sus monedas de oro y brillar sus dia-
mantes, pesca con caña en el puro arroyo de la Vir-
tud.

El que pasa su vida en medio de los chismes y las
intrigas, pesca con caña en agua turbia.

El que sueña la Gloria, pesca con caña en el río
del olvido.

El que quiere escribir y se encuentra á veces falto
de imaginación ó fantasía, pesca con caña en el recep-
táculo del Recuerdo o en el estanque de la Memoria.

El pobre ciego que se estaciona en la esquina de
cualquiera calle, pesca con caña en el río de la Cari-
dad.

El periodista que, quiera ó no quiera, debe todos los
días emporcar diez ó doce carillas de papel blanco,
pescan con caña en su tintero.

El charlatan, cuyo descaro es sin ejemplo, pesca
con caña en las ondas de la multitud ignorante y es-
túpida.

El joven crítico que, armado de la verdad, llama á

todas las puertas sin conseguir que una sola se abra, pesca con caña en la bolsa de la Publicidad y no saca mas que latigazos y zurriagazos.

El que, como el *espiritualismo* Plácido Douclai, pasa su tiempo escribiendo *Toraidas de Aleluya*, pesca con caña en la corriente del espíritu y de la chispa.

El que.

Pero, á la verdad, vamos muy léjos, y sería cosa de no acabar. Nos detenemos; el lector no necesita de nuestra ayuda para ir hasta el fin.

En nuestros viajes por la culta Europa, acostumbrá-bamos recoger todas las curiosidades que la casualidad nos hacia encontrar, y podemos segurar que poseemos una riquísima coleccion.

Entre otras, vamos á copiar una orden del día por el Coronel de la Guardia Nacional de..... Creemos conveniente no dar el nombre del pueblo donde aconteció este hecho histórico.

¡Atencion, pues!

GUARDIA NACIONAL DE.....

Orden del día de..... 185.....

Los ejercicios del fusil no debiendo tener lugar este año, importa que los batallones se reúnan de vez en cuando para pasar revista y para la inspeccion de las armas. *En consecuencia*, quedan resueltas las siguientes disposicion:

Un batallon tomará las armas cada domingo para pasar revista; la hará el coronel, y en su ausencia, el teniente coronel, y en su ausencia, el comandante.

En consecuencia, el primer batallon tomará las armas el día 6 próximo, *en gran gala con armas y equipajes*. La bandera saldrá, y *debera colocarse en línea de batalla en la plaza de.... alineado y pronto á abrir las filas á las siete de la mañana muy precisas*.

Ademas de los uniformes, se inspeccionarán tambien las armas. *En consecuencia*, el oficial de armamento y los sarjentos deberan estar provistos de su registro de armamento.

Las llamadas se barán *antes de la hora prescrita*; los comandantes de compañía harán de antemano ractificar las irregularidades que podrian producirse. Tambien barán colocar á los hombres por orden de estatura.

La presencia á esta revista no debiendo contar como servicio sino á los que se hallarán presentes á toda la sesion se hará un informe en contra de los que hubiesen *furtivamente* salido de las filas antes de la última llamada.

Si el tiempo malo pusiese obstáculo á la revista la

llamada no tendra lugar y se remitirá al domingo siguiente.

El coronel.

Un periódico literario publicó entónccs esa magnífica orden del día con esta nota:

Comentarios históricos sobre la educacion del coronel, sobre su alta capacidad literaria y su elocuencia nos parecen superfluos;—¡ah! cuanto hubiéramos deseado oír una improvisacion de ese coronel, pero *verba volante, scripta manent!*

Un despacho de la calle de Buenos Ayres N° 41, firmado H. C. Fajardo, nos pide á gritos anécdotas. ¡Eh bien! contestarémos con una anécdota.

¿Quien nó conoce al tenor Comolli?
¿Quien no lo ha oído con placer en el *Trovador*?
¿Quien no aprecia su voz como la mas simpática, la mas bella que hasta hoy se ha oído en estas regiones?

Pero no todos saben que á mas de ser un buen cantor Comolli es tambien un soberbio imitador.

Un día en el teatro viejo, durante los ensayos del *Rigoletto*, todos los artistas le rogaron con instancia que imitara al empresario, á quien caricaturaba perfectamente.

Consintió, y sus camaradas—para que la ilusion fuese completa—se dirijiéron á la platea y escucharon sin mirar.

Los aplausos retumbaban en señal de aprobacion. Pero en lo mejor de la diversion, Comolli vió á Lorini entrar por la puerta de atras y sin decir nada se ocultó.

Lorini apareció en el proscenio y no viendo las decoraciones y demas cosas en su lugar, llepó de injurias al tramoyista.

Los artistas que no habian notado la salida del imitador, y por consiguiente ignoraban que fuese el mismo empresario que hablaba, continuaban aplaudiendo con *furor* á cada palabra de Lorini.

«—¡Bravo, bravo! esclamaban. ¡Es magnifico!
«—¿Qué es eso, señores? preguntó Lorini.
«—¡Bravo, bravísimo!
«—¿Estais locos?
«—¡Bravo!
«—Señores, tendreis una multa, si no cesais en ese barullo.
«—¡Magnifico!.....¡multas!.....¡bravo, bravo!
«—¡Canarios! ¿os burlais de mí?
«—¡Admirable, sorprendente!

«—Es demasiado, señores, dijo Lorini bajando a platea.»

Gracias á la obscuridad que reinaba allí, todos lo tomaron por Comolli, y lo recibieron con risas, aplausos y gritos.

«—¡Qué Comolli! decían en coro, ¡cómo nos has divertido! sabes que caricaturas muy bien al milanés? Voz, gesto, cólera, eres Lorini en persona. ¡Cómo le remedas idénticamente! Si te oyese, ¡Qué palmo de narices pondría! Bravo, bravo!»

Inútil es respetir todo lo que se dijo, hasta que por último Lorini fué reconocido.

—¿Porqué, preguntaban á Pancracio, llevas las medias al revés?

—Las tengo rotas del otro lado, contestó tranquilamente.

—¿En qué mes hablan ménos las mujeres?

—En Febrero.

—¿Porqué?

—Es el mas corto.

Hasta mas ver, lector.

J. A. Tavalara.

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE EL DRAMA

por

Victor Hugo

Traducidas para el Eco Uruguayo por C. A. F.

(Continuacion.—Véase páj. 167.)

Concibese que para una obra de este jénero, si el poeta debe escoger en las cosas (y lo debe), no ha de ser lo bello, sino lo característico. No basta que le convenga hacer, como hoy se dice, el colorido local, es decir, añadir despues del golpe algunas teclas chillonas, acá y acullá, sobre un conjunto por lo demas perfectamente falso y convencional. No es en la superficie del drama que debe estar el colorido local, sino en el fondo, en el mismo corazon de la obra, de donde se estiende al exterior, por sí mismo, naturalmente, igualmente; y, por decirlo así, en todos los ángulos del drama, como la sávia que sube desde la raiz hasta la última hoja del árbol. El drama debe estar radicalmente impregnado de ese colorido de los tiempos, que ha de respirarse en cierto modo hasta en el aire, de manera que uno no se aperciba que entrando allí y saliendo de allí, se ha cambiado de atmósfera y de siglo. Necesitase algun estudio, alguna labor para llegar á esto; tanto mejor. Es bueno que las avenidas

del arte estén obstruidas por estas zarzas, delante de las cuales todo retrocede, excepto las voluntades fuertes. Por lo demas, es este estudio, sostenido por una ardiente inspiracion, lo que garantizará al drama de un vicio que lo mata,—lo comun.—Lo comun es el defecto de los poetas de corta vista y corto aliento.—Es necesario que en esa óptica de la escena toda figura sea conducida á su rasgo mas sobresaliente, mas individual y mas preciso. Aun lo vulgar y lo trivial debe tener un acento. Nada debe ser abandonado. Como Dios, el verdadero poeta se halla presente á la vez en todas las partes de su obra. El genio se asemeja al balancín, que imprime la efigie real á las monedas de cobre lo mismo que á los escudos de oro.

Nosotros no hesitamos, y esto probará aún á los hombres de buena fé cuan poco tratamos de desfigurar el arte; nosotros no hesitamos en considerar el verso como uno de los medios mas convenientes para preservar el drama del flajelo que acabamos de indicar, como uno de los diques mas poderosos contra la irrupcion de lo comun, que, lo mismo que la demorancia, filtra siempre desbordado en los espiritus. Y aquí, que la jóven literatura, rica ya con tantos hombres y obras, nos permita indicarle un error en que nos parece ha caído; error bastante justificado, por lo demas, por las increíbles aberraciones de la escuela antigua. El nuevo siglo se halla en esa edad de crecimiento en que se puede aún facilmente enderessarse.

Hase formado, en estos últimos tiempos, como una penúltima ramificacion del antiguo tronco clásico, ó antes como una de esas esecencias, uno de esos pólipos que desarrolla la decrepitud y que son mas un signo de descomposicion que una prueba de vida; hase formado una singular escuela de poesia dramática. Esta escuela parecemos haber tenido por maestro y por cepa al poeta que marca la transicion del décimo octavo al décimo nono siglo al hombre de la descripcion y la perifrasis, á ese Delille que segun dicen se jactaba hacia el fin de su carrera á la manera de las enumeraciones de Homero, de haber hecho doce camellos, cuatro perros, tres caballos comprendido en ellos el de Job, seis tigres, dos gatos, un juego de agedrez, otro de tablas reales, un damero, un billar, algunos inviernos, muchos veranos, sendas primaveras, cincuenta puestas de sol y tantas auroras que se perdia en la cuenta.

Y bien, Delille ha pasado á la tragedia. El es el padre (él, y no Racine, gran Dios!) de una pretendida escuela de elegancia y de buen gusto que ha florecido recientemente. La tragedia no es para esta escuela lo que para el buen hombre Gil Shakspeare, por ejemplo: una fuente de emociones de toda naturaleza; sino un cuadro muy cómodo para la solucion de una turba de pequeños problemas descriptivos que se propone de paso.

Esta musa lejos de repulsar, como la verdadera escuela clásica francesa, las trivialidades y las bajezas de la vida, las busca por lo contrario y las compila avidamente. Lo grotesco, evitado como mala compañía por la tragedia de Luis XIV, no puede pasar tranquilo delante de esta: *Es necesario que sea descripto*, esto es *ennoblecido*. Una escena de cuerpo de guardia, una revuelta de populacho, el mercado de pescado, las galeas la taberna, la *poule au pot* de Enrique IV, son una buena fortuna para ella; se ase de ellos, lava todos esos harapos, y cose á estas miserias su oropel y lentejuelas; *purpureus assuitur pannus*. Su objeto parece el de espedir carta de nobleza á toda esa plebe del drama.

Esta Melpómene, como ella misma se llama, temblaría antes de tocar á una crónica; al encargado del vestuario deja el cuidado de saber en que época pasan los dramas que ella hace. La historia á sus ojos es de mal tono y de mal gusto; por ejemplo, ¿como tolerar reyes y reinas que juran? Es necesario elevarlos de su dignidad real á la dignidad trágica. Es en una de estas promociones que ella ha ennoblecido á Enrique IV; es así que el rey del pueblo, pulido por Legouvé, ha visto su *ventre saint-gris* desterado vergonzosamente de su boca por dos sentencias; que fuera reducido, como la jóven de la fábula, á no dejar caer en adelante de aquella boca real mas que perlas, záfiro y rubies, aunque en verdad todo falso.

En resumen, nada es tan *común* como esa elegancia y nobleza de convencion. Nada de hallado, nada de imaginado, nada de inventado en ese estilo; lo que se ha visto en todas partes, retórica, ampolla, sitios comunes, flores de colegio, poesía de versos latinos; ideas imitadas vestidas con imágenes de pacotilla. Los poetas de esta escuela son elegantes por el estilo de los principes y princesas de teatro, seguros siempre de hallar en las cajas rotuladas del vestuario mantos y coronas de oropel que no tienen mas que la desgracia de haber servido á todo el mundo. Si estos poetas no hojean la Biblia, no es porque degen de tener su tomo voluminoso: *el diccionario de la rima*. He aquí su fuente de poesía, *fontes aquarum*.

Compréndese que en todo esto la naturaleza y la verdad vienen á ser lo que pueden. Sería una gran casualidad que sobrenadara algun resquicio de ellas en este cataclismo de falso arte, de falso estilo, de falsa poesía.

Hé aquí lo que ha causado el error de muchos de nuestros mas distinguidos reformadores. Chocados de la aspereza, del aparato, del *pomposo* de esta pretendida escuela dramática, han creído que los elementos de nuestra lengua poética eran incompatibles con lo natural y lo verdadero. El alejandrino los habia fastidiado tantas veces, que ellos lo condenaron, en cierto modo, sin quererlo oír, y dieron por conclusion, un

poco precipitadamente tal vez, que el drama debía ser escrito en prosa.

Se equivocaban. Si lo falso reina efectivamente en el estilo como en la conducta de ciertas tragedias francesas, no era al verso que se debía acusar, sino á los versificadores. Era preciso condenar, no la forma empleada, sino á los que habian empleado esa forma; los obreros, y no la herramienta.

Para convencerse de los pocos obstáculos que la naturaleza de nuestra poesía opone á la libre expresion de todo lo que es verdadero, no es tal vez en Racine que es necesario estudiar nuestro verso, sino frecuentemente en Corneille, siempre en Molière. Racine, divino poeta, es elegíaco, lírico, épico; Molière es dramático. Es ya tiempo de hacer justicia de las críticas acumuladas por el mal gusto del último siglo sobre este estilo admirable, y de decir en voz alta que Molière es la suma de nuestro drama no solo como poeta sino como escritor. *Palmas vere habet iste duas*.

En él, el verso abraza la idea, se incorpora en ella estrechamente, la estríne y la desarrolla á la vez, le presta una figura mas esbelta, mas estricta, mas completa, y nos la dá en cierto modo en elixir. El verso es la forma óptica del pensamiento. Hé aquí por lo que conviene sobre todo á la perspectiva escénica. Construido de cierta manera, él comunica su relieve á cosas que sin él pasarían por insignificantes y vulgares; hace mas sólido y mas fino el tejido del estilo: es el nudo que sujeta el hilo; es el cinto que sostiene el vestido y le dá todos sus pliegues.—¿Qué podrían, pues, perder por entrar en el verso lo natural y lo verdadero?—Lo preguntamos á nuestros mimos prosistas: ¿qué es lo que pierden aquellos en la poesía de Molière? ¿El vino (permítasenos aún esta trivialidad) dejó de ser vino por estar en la botella?

Si tuviéramos el derecho de decir cual podría ser, á nuestro gusto, el estilo del drama, nosotros querríamos un verso libre, franco, leal, que osara decir todo sin gazmoñería, expresar todo sin afectacion, pasando con naturalidad de la comedia á la tragedia, de lo sublime á lo grotesco; alternativamente positivo y poético, al mismo tiempo artístico é inspirado, profundo y repentino, amplio y verdadero; que supiese cortar a propósito y variar la cesura para disfrazar su monotonia de alejandrino; mas amigo del salto que lo alarga que de la inversion que lo enreda; fiel á la rima, esa esclava reina, esa suprema gracia de nuestra poesía, ese generador de nuestro metro; inagotable en la variedad de sus contornos, inabordable en sus secretos de elegancia y construccion; tomando, como Proteo, mil formas sin cambiar de tipo y de carácter; esquivando la *tirada*; jugando en el diálogo; ocultándose siempre detras del personaje; ocupándose ante todo de estar en su puesto, y que cuando le cupiese ser bello, no fuese bello en cierto modo sino por casualidad, á su despecho y sin saberlo; lírico, épico, dramático, según la exigencia; que pudiese recorrer toda la escala poética, ir de arriba para abajo, de las ideas mas elevadas á las mas vulgares, de las mas bufonas á las mas graves, de las mas exteriores á las mas abstractas, sin salir jamas de los límites de un coloquio; en una palabra, tal como lo haria el hombre que un hada hubiese dotado del alma de Corneille y de la cabeza de Molière. Parecenos que ese verso seria *tan bello como la prosa*.

LOS HERMANOS CABOT

Funerales por el descanso de sus Almas.

Al terminar su primera época, *El Eco Uruguayo* cree corresponder dignamente á su título y á la filantropía de sus principios iniciando un pensamiento de que se honrará eternamente, y cuya realizacion depende de la cooperacion que no duda se apresurarán á prestarle sus colegas y la fiel y humanitaria poblacion montevideana.

Su Director propone, pues, que el Pueblo costee unos funerales por el descanso de las almas de los tiernos y malhadados hermanos Doña Rosa y D. Federico Cabot (Q. E. P. D.)

Es necesario que este acto lleve el sello popular, impreso en todo lo concerniente al suceso de que aquellos hermanos fueron víctimas.

La beneficencia pública recogió esas desgraciadas criaturas arrojadas á la calle por la desnaturalizacion y el egoismo; la beneficencia pública las socorrió con los auxilios de la ciencia, con sus cuidados maternales; la beneficencia pública cerró sus ojos en la agonía y condujo sus cadáveres á la última morada: la beneficencia pública debe costear sus funerales.

A la prensa, eco del pueblo, corresponde adoptar ó desechar este pensamiento: las consideraciones espuestas nos hacen esperar que le adoptará unánimemente, y que nos secundará en la invitacion que dirigimos al público á suscribirse en la librería de D. Jaime Hernandez y en la Confitería Oriental, donde habrá una nómina con esta invitacion impresa al frente, en la que podrán inscribir su nombre las personas que quieran contribuir con la mínima donacion pecuniaria á este acto filantrópico y cristiano, y donde recibirán una hoja impresa con la historia de la desgracia de aquellos jóvenes malogrados.

El producto de esta suscripcion será entregado á una Comision de ciudadanos caracterizados que se nombrará al efecto, y que encargará y presidirá los funerales, para los que se invitará oportunamente por medio de los periódicos.

La realizacion de este pensamiento no exige mas que apoyo moral, atenta la insignificancia de los gastos que demanda, y coronaría de un modo digno la obra de caridad pública y cristiana tan noblemente comenzada.

El Director que suscribe, al apelar de esta manera á los sentimientos píos y generosos de la poblacion montevideana, lo hace confiando en el general interes que ha despertado en ella la singular catástrofe de los hermanos Cabot, y en que cuando se trata de actos que tienden á probar la cultura, piedad y caridad de un pueblo, no se consulta la oscuridad del nombre que los inicia sino las impulsiones del corazon de cada uno.

Es en este concepto que espera ver fructificar un pensamiento, que no es mas que hijo del sentimiento público, y al mismo tiempo, que los demas órganos de la prensa y el pueblo montevideano tomen en él la parte que les corresponde por su noble y elevada conducta en el trágico suceso de aquellas desgraciadas criaturas.

Montevideo, 24 de Abril de 1857.

HERACLIO C. FAJARDO.

UNA LAGRIMA

A LA MEMORIA DE ROSITA CABOT

Te he cantado otra vez! Era una fiesta,
Un mar de luz, de aromas y colores;
Al eco embriagador de aquella orquesta,
Me pareciste el hada de las flores.

Eras tan bella entonces! ni una nube
Turbaba el puro cielo de tu frente,
Y tu dulce sonrisa de querube
Mostraba una alma cándida, inocente.

Un porvenir dorado, ante tus ojos,
El placer y el amor te bosquejaban;
¿Quién pensara, al mirarte, en los abrojos
Que entre flores tan bellas se ocultaban?

Pasaron esas horas, cual quimera
Que disipa la luz de la mañana!...
¿Por qué está sola y mística la pradera,
Que ni una flor silvestre la engalana?

Una tumba donde antes una fiesta!
Un cadáver en vez de aquella hermosa!
Un son de duelo en vez del de la orquesta!
¿Qué tumba es esa? Oh Dios, es la de Rosa!...

En vano quiero á mi abrasada frente
Un instante arrancar tan cruel idea;
En vano quiero al corazon doliente
Decirle en mi delirio que no crea.

Ella murió! Si el eco dolorido
Que su nombre repite por do quiera
No hubiera su desgracia referido,
¿Mi propio corazon me la dijera!

Y tú, Señor, que en tu alta omnipotencia,
Tu mas bella creacion así maltratas;
¿Porque formas un ángel de inocencia,
Si al querer adorarlo, lo arrebatas?

Mas nó! que su mision en este suelo
Habrá cumplido el ángel peregrino;
Y batiendo sus alas vuela al cielo,
Donde le espera su eternal destino!

Precioso lirio del Edem florido,
Si desde el mundo de inmortal ventura,
Puedes oír el eco dolorido,
Que un corazon exhala en su amargura;

Recibe en esta lágrima de fuego,
Desde el fondo del alma desprendida,
También un triste pero ardiente ruego,
Que te hago en mi postrera despedida!

En el silencio de la noche umbria,
Cuando reposa el mundo de los vivos,
Envueltos en la brisa, amiga mia,
Mándame tus acentos fujitivos.

Y al ocultar su luz en Occidente
El astro que ilumina el firmamento,
Entre nubes velada, tenuemente,
Tu sombra llegue á ver por un momento!

En cambio, si en la vida transitoria
Debo apurar el cáliz de dolores,
Conservaré en el alma tu memoria
Y ornaré tu sepulcro de albas flores !...

F. Ferreira y Artigas.

Montevideo, Abril 17 de 1857.

EXHORTACION

A mi amigo Fermin Ferreira y Artigas.

La mision del poeta acá en la tierra
Es sepultar al crimen en el fango,
Y levantar á la virtud al rango
Que le disputa el vicio ó la maldad.

Tal el resumen es, tal el compendio
De esa mision providencial, sublime,
Que donde quiera que su planta imprime
Deja un rastro de escelsa claridad.

Y bien, amigo: si la luz del genio
Brilla en tus ojos, en tu sien se muestra,
¿Por qué no vibra tu potente diestra
Sobre el crimen un rayo vengador?...

¿No lo ves escondiéndose en las sombras
Relamiendo la sangre de su presa,
Que en sus manos sacrilegas impresa
Quiere borrar en vano con pavor?...

¿Sigalo allí tu justiciero encono,
Sigalo allí tu enérgico anatema,
Y con la chispa de tu genio quema
Las entrañas del padre criminal!....

El ángel que una lágrima te arranca
Te impone ese deber.—¿Llévalo, amigo!
En pos del apoteosis, el castigo:
Es tu doble mision providencial.

H. C. Fajardo.

Montevideo, 20 de Abril de 1857.

SUSPENSION.

El *Eco Uruguayo* termina hoy su primer trimestre y se despide momentáneamente de sus abonados, dándoles las mas sinceras gracias por la proteccion que le han dispensado con suma deferencia.

La circunstancia de haberse ausentado, á causa de la epidemia, mas de la mitad de los suscritores de la capital, y de hallarse embarazada por la misma causa la comunicacion con los de la campaña, nos fuerza á tomar esta resolucion.

El *Eco Uruguayo* no deja de existir: hace un paréntesis entre su primera y segunda época.

Si, como es de esperar de la divina providencia, la causa que motiva su suspension—la epidemia—desaparece sin envolvernos en sus alas, (lo que no dejaría de ser una felicidad para muchos en el presente caso,) muy probablemente nuestro periódico reaparecerá, con condiciones de mejoramiento que pensamos darle intelectual y materialmente en su segunda época.

Hasta entónces réstanos hacer un cortes saludo de despedida á todos nuestros cólegas, y muy especialmente á aquellos que se han dignado honrarnos con palabras alentadoras, no solo en ésta sino tambien en la otra orilla del Plata.

—o—

La Regeneracion.

Con sentimiento, hemos visto y anunciamos á nuestros abonados la suspension de este diario, que redactaba nuestro ilustrado amigo D. Emilio Mangel du Mesnil, motivada por las mismas causas que hoy originan la del *Eco Uruguayo*; pero nos consuela la esperanza de que esa suspension, como la de nuestro periódico, no será mas que momentánea. Así lo promete su redactor, y deseamos que suceda.

ULTIMAS PALABRAS.

Amables lectores!

La suspension del *Eco Uruguayo* por una série de circunstancias imprevistas, me obliga á decirlos adios.

Desde que apareció este Periódico he enarbolado la bandera de la verdad, de la imparcialidad; pero desgraciadamente hoy en día la verdad y la imparcialidad tienen pocos partidarios.

Mis pobres articulillos llamaron la atencion; me hicieron muchos enemigos, pero al mismo tiempo me procuraron amigos que estimo y me estiman.

Los que me han atacado, tratándome de niño, olvidaron que ellos tambien lo han sido; me trataron con desprecio, porque ya sus nombres habian pasado al través del gentio, porque ya eran célebres, pero ¿cuántas veces han caído las celebridades de su pedestal!

¡Cuidado!

Al despedirme no puedo ménos que dar las gracias á los que me gritaban *bravo*, á mi colega Emilio Mangel du Mesnil, el único que me haya animado, el único que ha dado muestras de no susceptibilidad.

¡Gracias pues!

No digo adios, pero sí hasta mas ver, pues siempre estoy á la disposicion de mi amigo Heraclio C. Fajardo.

José A. Tavolara.

¡¡ ADIOS !!

A estilo de Tavolara,
Esto es, algo lacrimosa,
Lector y lectora hermosa,
Mi despedida os haré;
Pues si viérais con la cara
Que me deja este perance,
De mi doloroso trance
Tuvierais lástima á fé!

Figuraos, lector amable,
Figuraos, lectora amada,
Que en mitad de la jornada
Se nos planta el *Eco*... pues!
Como quién dice: «Ahí va un cable,
Plácido Douclai amigo;
Cuélgate de él, y contigo
La paz del cielo despues!»

Ni mas ni ménos, lectores!
Ni mas ni ménos, lectoras!....
¿Qué vá á ser de vuestras horas
Sin mi armónico laud?...
¿Qué vá á ser ¡ay! sin las flores
De mi fértil fantasía?.....
¡Noche oscura el claro día!...
Vuestra sala.....¡un ataúd!....

Eran tan bellos mis cantos,
Tanto la atencion llamaron,
Que no sé como no armaron
Una atroz revolucion;
Que no sé como otros tantos
Zurriagazos, con perfidia,
No les aplicó la envidia,
La impotente emulacion.

¿Qué eran, lector, á su lado
Los célebres *Rasgos Críticos*?
Partos insulsos, raquiticos
De un pobrisimo magin.
¿Qué los versos del mentado
Heraclio Claudio?... Insulsece!
Notas falsas las mas veces
De un destemplado violin.

Digalo sino Barbosa,
Mi mas cara simpatía:
Digalo la Policía,
Mi mas cara Autoridad;
Digalo en fin cuanta hermosa
Dejaron ellos prendada
Y loca de enamorada
Por mi ideal humanidad.

A no ser por mi maldita
Condicion de tan modesto,
Os diera, lectores, de esto
Cien pruebas...¿qué digo?...mil!
Permitid, pues, que os remita
Tan solo al juicio episódico
Que publicó en su periódico
El buen Mangel du Mesnil.

—o—

Y ahora, lectores y lectoras mías,
No es para de congoja sucumbir,
Que en lo mas floreciente de sus días
Deje el *Eco Uruguayo* de existir?....

Y dijo *floreciente*, por las flores
Con que lo amenizaba mi jardín.
¿Verdad que nunca las daria mejores
Ni el fecundo vergel de Juan Joaquin?...

Pero es fuerza decirlo—¡duro trance!—
¡Adios, lectores de Douclai, adios!
Que este mi adios á conmovier alcance
Cuanto os dotara de *sensible* Dios!...

Y tú, tormento que mi pecho labras,
Diles que lloren cual llorar me ves,
Pues estas son mis últimas palabras....
¡Rásguese el cielo!....¡consummatum est!

PLACIDO DOUCLAI.

CONSIDERACIONES JENERALES

SOBRE EL DRAMA

POR

Victor Hugo

Traducidas para el *Eco Uruguayo* por C. A. F.

(Conclusion.—Véase pág. 175.)

No habría ninguna relacion entre una poesia de este género y la de que hacíamos hace un instante la autopsia cadavérica. El matiz que las separa sería facil de indicar, si un hombre espiritual, á quien debemos un agradecimiento personal, nos permitiese hacer uso de su picante distincion : la otra poesia era descriptiva, esta sería pintoresca.

Repitámoslo sobre todo. El verso en el teatro debe despojar todo amor propio, toda exigencia, toda coqueteria; allí no es mas que una forma, y una forma que debe admitir todo, que no tiene nada que imponer al drama, y que al contrario debe recibir todo de él para transmitirlo al espectador : frances, latin, textos de leyes, interjecciones reales, locuciones populares, comedia, tragedia, risas, lágrimas, prosa y poesia. ¡Mal haya el poeta cuyo verso haga remilgos! Pero esta forma es una forma de bronce que encuadra el pensamiento en su metro, bajo la cual el drama es indestructible; que lo grava con mas prontitud en el espíritu del actor, advierte á este de lo que omite y de lo que añade, le impide de alterar su rol, de substituirse al autor, hace sagrada cada palabra y que lo

que ha dicho el poeta exista largo tiempo despues presente en la memoria del espectador. La idea, empapada en el verso, adquiere frecuentemente algo de mas incisivo y mas brillante. Es el hierro que se convierte en acero.

Compréndese que la prosa—mucho mas tímida necesariamente, obligada á privar al drama de toda poesia lírica ó épica, reducida al diálogo y á lo positivo—está lejos de tener estos recursos. Ella tiene las alas mucho mas cortas. Por otra parte, es de mucho mas fácil acceso; la mediocridad hállase en ella á gusto; y por algunas obras distinguidas como las que estos últimos tiempos han visto aparecer, el arte se veria bien pronto acumulado de abortos y de embriones.

Otra fraccion de la reforma tenderia por el drama escrito en verso y en prosa á la vez, como ha hecho Shakspeare. Esta manera tiene sus ventajas; sin embargo, podria haber dispare en las transiciones de una forma á la otra, y cuando un tejido es homogéneo, tiene que ser mucho mas sólido. Por lo demas, que el drama sea escrito en prosa, en verso, ó en verso y prosa, esto no es mas que una cuestion secundaria. El rango de una obra debe establecerse, no por su forma, sino por su valor intrínseco. En las cuestiones de este género, no hay mas que una solucion; no hay mas que un peso que pueda hacer inclinar el fiel de la balanza del arte: el jénio.

En cuanto á lo demas, prosista ó versificador, el primero, el indispensable mérito de un escritor dramático es la correccion. No esa correccion superficial, cualidad de defecto de las escuelas descriptiva que hace de Lhomond y de Restaud las dos alas de su Pegaso, sino esa correccion íntima, profunda, razonada, que se ha penetrado de la indole de un idioma, que ha sondado sus raices, escudriñado las etimologías; siempre libre, por la seguridad de lo que hace y por ir siempre de acuerdo con la lógica del habla. Nuestra Señora la gramática pone en ciernes á aquella; esta pone en ciernes á Nuestra Señora la gramática. Ella puede osar, aventurar, crear, inventar su estilo, por que tiene el derecho de hacerlo; pues aunque lo hayan dicho ciertos hombres que ni habian soñado con lo que decian, y entre los cuales es preciso colocar notablemente al que escribe estas lineas, la lengua francesa no está fijada, ni se fijará. Una lengua no se fija. El espíritu humano está siempre en marcha, ó si se quiere, en movimiento, y los idiomas con él. Las cosas han sido hechas de este modo. Cuando el cuerpo cambia, cómo no ha de cambiar el traje? El frances del décimo-nono siglo no puede ser el frances del décimo-octavo, como este no es el frances del décimo-séptimo, como el frances del décimo-séptimo no es el del décimo-sexto. La lengua de Montaigne no es ya la de Rabelais, la lengua de Pascal no es ya la de Montaigne, la lengua de Montesquieu no es ya la de Pascal.

Cada una de estas cuatro lenguas, tomada en sí misma, es admirable, porque es original. Toda época tiene sus ideas propias; es, pues, necesario que tenga las palabras propias á estas ideas. Las lenguas son como la mar: oscilan sin cesar; en ciertos tiempos, abandonan una playa del mundo del pensamiento é invaden otra. Todo lo que sus ondas abandonan de este modo, se seca y bórrese del suelo. Es así que se estinguen ciertas ideas y que ciertas palabras desaparecen. Sucede con los idiomas humanos lo que con todo: cada siglo les trae y lleva alguna cosa. ¿Qué le hemos de hacer? esto es fatal. Es, pues, en vano querer petrificar la móvil fisonomía de nuestro idioma bajo una forma dada; es en vano que nuestros Josnés literarios griten á la lengua que se pare: las lenguas, como el sol, ya no se paran. El día en que ellas se fijen, es porque mueren.—He aquí por qué el frances de cierta escuela contemporánea es una lengua muerta.

Tales son poco mas ó menos y sin los profundos desarrollos que pudieran completar la evidencia, nuestras ideas actuales sobre el drama. Por lo demas, hablando ingenuamente, tal vez no son ellas en nosotros mas que revelaciones de la egecucion.

Una palabra todavía.

Háse podido notar que en esta carrera algo larga á traves de tantas cuestiones diversas, nos hemos abstenido generalmente de apoyar nuestras opiniones particulares sobre textos, citas y autoridades. No ha sido sin embargo por que nos hayan hecho falta.—«Si el poeta establece cosas imposibles segun las reglas de su arte, comete una falta sin contradiccion; pero deja de ser falta siempre que por este medio logre el fin que se ha propuesto; porque habrá hallado lo que buscaba.»—Ellos toman por galimatías todo lo que la debilidad de sus luces no les permite comprender; tratan sobre todo de ridiculos los puntos maravillosos en que el poeta, á fin de entrar mejor en la razon, se aparta, si es necesario espresarnos de este modo, de la misma razon. Efectivamente, este precepto que dá por regla el no observar algunas veces las reglas, es un misterio del arte que no es fácil que comprendan los hombres sin ningun gusto... y que una especie de empecinamiento de espíritu hace insensibles á lo que ordinariamente hiere á los hombres.—¿Quién dice aquello?—Aristóteles.—¿Quién dice esto?—Boileau.—Véase, pues, por esta muestra que hubiésemos podido amurallarnos con nombres propios y refugiarnos detras de reputaciones; pero hemos querido dejar este modo de argumentacion á los que lo creen invencible, universal y soberano. Preferimos razones á autoridades, pues siempre nos han gustado más las armas que los armeros.

París—Octubre—1827.

— FIN —